

GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAMA Y BOURDIEU: APORTES TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LAS HISTORIAS LITERARIAS REGIONALES Y NACIONALES. EL CASO DEL SUBCAMPO ANTIOQUEÑO*

Paula Andrea Marín Colorado**
Instituto Caro y Cuervo. Universidad Javeriana

Recibido: 01/09/2009 Aceptado: 19/09/2009

Resumen: Las propuestas de Rafael Gutiérrez Girardot, Ángel Rama y Pierre Bourdieu permiten reconocer la pertinencia de construir una historia literaria de acuerdo con la noción de “campo”, planteada por Bourdieu, y de “vida literaria” e “historia social de la literatura”, propuesta por Gutiérrez Girardot, así como de los procesos de “transculturación” y “aculturación”, expuestos por Rama. De esta manera, se abre un espacio de reflexión para entender las literaturas regionales –en este caso, de Antioquia– más allá de una categoría apriorística o folclorista.

* Este artículo es resultado parcial del proyecto de investigación “Estudio del campo de la novela colombiana de principios de siglo (2000-2008)”, desarrollado en el marco del convenio interinstitucional Instituto Caro y Cuervo-Universidad Santo Tomás. Una versión resumida de este artículo fue presentada en el I Coloquio Nacional de Historia de la Literatura Colombiana (Medellín, Universidad de Antioquia, abril 24-26 de 2008).

** Magíster en Literatura Hispanoamericana (Instituto Caro y Cuervo). Investigadora del Instituto Caro y Cuervo y docente de la Pontificia Universidad Javeriana (sede Bogotá). Miembro del grupo de investigación en Literatura colombiana: Heterodoxias. Contacto: paulanmc@hotmail.com.

Palabras clave: Estudios literarios; Crítica literaria; Teoría literaria; Historias de la literatura y materiales afines; Literaturas de Antioquia.

**GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAMA AND BOURDIEU:
THEORETICAL AND METHODOLOGICAL CONTRIBUTIONS
ON WRITING REGIONAL AND NATIONAL LITERARY
HISTORY. THE CASE OF SUB-FIELD IN ANTIOQUIA**

Abstract: Rafael Gutiérrez Girardot, Angel Rama and Pierre Bourdieu's proposals allow recognizing the pertinence of building a literary history according to the notion of "field", presented by Bourdieu, and the one of "literary life" and "social history of literature", proposal from Gutiérrez Girardot, as well as the processes of "transculturación" and "aculturación", exposed by Rama. In this way, a space of reflection to understand the regional literatures – in this case, from Antioquia – beyond an aprioristic category or folklorist is opened.

Key words: Literary studies; Literary criticism; Literary theory; Histories of literature and related material; Literatures of Antioquia.

**GUTIERREZ GIRARDOT, RAMA ET BOURDIEU: APPORTS
THEORIQUES ET METHODOLOGIQUES
POUR LA CONSTRUCTION DES HISTOIRES LITTERAIRES
REGIONALES ET NATIONALES. LE CAS DU SOUS-CHAMP
« ANTIOQUEÑO ».**

Résumé : Les propositions de Rafael Gutiérrez Girardot, Ángel Rama et Pierre Bourdieu permettent de reconnaître la pertinence de construire une histoire littéraire en accord avec la notion de « champ », posée par Bourdieu, en accord avec la notion de « vie littéraire » et d'« histoire sociale de la littérature », proposée par Gutiérrez Girardot, mais aussi en accord avec des processus de « transculturation » et d'« acculturation », exposés par Rama. De cette façon, nous ouvrons un espace de réflexion pour comprendre les littératures régionales – dans ce cas, la région Antioquia – au-delà d'une catégorie aprioritique ou folklorique.

Mots-clés : Etudes littéraires; Critique littéraire; Théorie littéraire; Histories de la littérature et matériels analogues; Littératures d'Antioquia.

1. Gutiérrez Girardot y Bourdieu: para una historia de la literatura colombiana

El objetivo de los planteamientos de Gutiérrez Girardot en sus libros *Aproximaciones* (1986) y *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989) es problematizar la forma en la que se ha hecho la historia literaria hispanoamericana. Para Gutiérrez Girardot es necesario que ésta se realice en diálogo con la tradición europea, es decir: “la comunicación extranacional específica de la vida literaria de esos países” (1986: 17); Gutiérrez Girardot desea llevar la historia social de la literatura más allá de los nacionalismos concebidos como valor en sí mismos, los cuales han obstaculizado el estudio de las propuestas estéticas de los autores hispanoamericanos, pues dichas propuestas se han constituido como esquemas ordenadores reduccionistas, al no tener en cuenta el contexto en el que han nacido. Gutiérrez Girardot limita este contexto a la literatura europea, pero tal “contexto” o “legado” podría llevarse a otras latitudes (más cercanas o locales, o más lejanas), dependiendo de la forma en la que se relacionan las propuestas estéticas hispanoamericanas con las propuestas estéticas de otros autores “extranjeros” (influencias, imitaciones, antagonismos; no como nociones abstractas, sino relacionadas con una forma de entender más ampliamente la toma de posición particular de un autor en sus obras literarias, y su impacto dentro del campo literario), lo que se puede entender, de manera precisa, en Bourdieu como las relaciones entre las tomas de posición (propuestas ético-estéticas) de diversos autores en un campo literario determinado, delimitado de acuerdo con un criterio diacrónico-sincrónico que permita observar las transformaciones de dichas tomas de posición y las tensiones que se dan entre ellas en su lucha por alcanzar el reconocimiento académico o del gran público (ventas masivas).

En un segundo momento de la historia literaria hispanoamericana se recurrió a la historiografía de tipo marxista. En Latinoamérica, según Gutiérrez Girardot, el marxismo llegó “de segunda mano y más generalmente de tercera mano” (1986: 22); además, “lo importante era el esquema y su aplicación, es decir, el dogma. Su Pontífice y guardián fue el Partido. Por estos dos hechos, la recepción de Marx en Hispanoamérica no fue productiva, sino repetitiva y pasiva” (1986: 23). Lo anterior produjo que el estudio de las relaciones entre literatura y sociedad desde esta perspectiva, al igual que desde la perspectiva nacionalista, se hiciera con un rasgo esencial: “El de un esquematismo irritantemente clasificador y dogmático, que en los dos casos, y aunque de signo político diferente, condujo a una desdialéctización de la dialéctica” (1986: 22). Este fue el caso de los estudios sobre el “indigenismo”: se le dio a la “raza” un valor extraliterario (*a priori*) que obstaculizó su estudio como propuesta estética y sus relaciones con otras, fuera de la “lucha de clases”. El estudio

de la literatura hispanoamericana a partir de la teoría de los campos de Bourdieu permite superar esta “deslialectización”, pues se entiende el campo literario a través de la coexistencia de diversas “apuestas” estéticas en un momento determinado, de las distintas posiciones de los agentes (dominantes/dominadas, canónicas/preten-dientes, heterónomas/autónomas) y de sus tomas de posición diversas, y de cómo se dan esos momentos de transición de una toma de posición a otra (“relevos” de propuestas estéticas vigentes o reconocidas en el campo), de acuerdo con el interés que tengan por ubicarse en el espacio literario y la forma en la que desean que su producción sea reconocida.¹

El tercer escollo que debe superar la historiografía literaria hispanoamericana es el “provincianismo”, es decir, “la consideración de los fenómenos literarios sin ninguna relación con fenómenos contemporáneos de otras literaturas” (Gutiérrez Girardot, 1986: 26). Frente a esta situación, Gutiérrez Girardot plantea que la historia de la literatura se debe estudiar a la luz de la “vida literaria” (revistas, editoriales, bibliotecas, formas de la crítica literaria en los periódicos, conformación de un público lector, traducciones publicadas, enseñanza de la literatura en los colegios y universidades, círculos literarios, concepción del escritor y de la literatura que tiene una sociedad) “[y] de los contenidos contradictorios de las obras de un lapso” (1986: 26); en otro libro complementa esta categoría de “vida literaria” como sigue: “La red de preparación, producción y recepción de la literatura” (1989: 20).

De nuevo, la teoría de los campos de Bourdieu se convierte en una aliada de la propuesta de Gutiérrez Girardot, pues precisamente el análisis de las tomas de posición que aparecen en un campo delimitado permite estudiar la literatura como un espacio de luchas, de contradicciones (puestas en forma en las obras literarias, entendidas como propuestas estéticas únicas de un agente con una toma de posición singular) que buscan legitimarse y que se constituyen en relación (de oposición o de continuidad) –Gutiérrez Girardot diría “en comparación”– con otras propuestas

1 Cabe recordar en este punto cómo desde el formalismo ruso ya se planteaba la necesidad de construir la historia de la literatura a partir de las nociones de pugnas y relevos; aún cuando los formalistas se refieran a estas nociones sólo a partir del estudio de las formas de las obras literarias –dejando de lado su sociogénesis–, ya desde aquí es visible la importancia tanto de la particularidad de la obra, como de su relación con el campo literario en el que se inscribe. Por otro lado, Jauss también había advertido en su artículo “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria” (1970) la necesidad de salir de la historia literaria positivista que veía el desarrollo literario como una sucesión de nombres, movimientos, escuelas y fechas sin detenerse en las particularidades de las obras, ni en la lógica singular del conjunto de prácticas literarias en el que emergieron: “Mi intento de superar el abismo existente entre literatura e historia, entre conocimiento histórico y conocimiento estético, puede comenzar en el límite ante el cual se han detenido ambas escuelas. Sus métodos conciben el hecho literario en el círculo cerrado de una estética de la producción y de la presentación. Con ello quitan a la literatura una dimensión que forma parte imprescindible tanto de su carácter estético como de su función social: la dimensión de su recepción y de su efecto” (1970: 162).

estéticas contemporáneas y anteriores; por otra parte, la teoría de los campos apunta a revisar la importancia de lo que Gutiérrez Girardot denomina como “vida literaria”, es decir, de los mecanismos de mercado y de difusión de la literatura en un momento determinado, analizándolos como discursos sociológicos que permiten comprender las relaciones entre los agentes del campo y las posiciones que alcanzan a ocupar.

La historia social de la literatura exige que ésta se plantee como un proceso y que “en su análisis primen la contemporaneidad y no la nacionalidad de los autores, la simultaneidad de los géneros y la presencia de obras escritas que, como la literatura rosa, o trivial, han sido descuidadas totalmente por la historiografía literaria, aunque forman parte de la vida literaria entendida sociológicamente” (1986: 27). Aquí se podría puntualizar la importancia no de la región originaria del autor, sino del reconocimiento de su propuesta ético-estética en ésta, es decir, sobre esta condición se deben analizar aspectos como: el tiempo que ha permanecido el autor en la región, las editoriales regionales que han publicado su obra, y desde dónde se produce la crítica que lo reconoce como escritor. En este sentido, se hablaría de una literatura regional en tanto se logre reconstruir como subcampo, es decir, como un sistema singular de relaciones (de producción, difusión y recepción de las obras literarias, es decir, una “vida literaria” con lógicas propias relativamente homogéneas) que confluyen en una toma de posición que actúa como unidad dinámica dentro del sistema de tensiones que conforman el campo literario nacional.²

Las reflexiones de Gutiérrez Girardot permiten problematizar otros aspectos de la historiografía literaria tradicional: la periodización y las generaciones literarias. Al respecto del primer aspecto, Gutiérrez Girardot dice: “En la vida científica no se trata de comprobar –como si ésta fuera una carrera de caballos– quien llegó primero a la meta, sino quién dio un paso para llegar a la meta, independientemente de la nacionalidad y de la peculiar cronología en que consiste la moda” (1986: 41); nosotros le agregaríamos cómo dio ese paso (mecanismos de posicionamiento en el campo), en qué consistió ese paso que lo llevó a la meta (a esa posición, a tal reconocimiento), a qué respondió ese paso en relación con los movimientos de los otros agentes del campo (escritores pretendientes) y de aquellos que ya antes habían llegado a esas metas (escritores canónicos). La periodización literaria debe responder a estos interrogantes y no a divisiones arbitrarias que no dan cuenta del desarrollo de las tomas de posición de los autores, de cómo se actualizan o pierden

2 Esta unidad dinámica explicaría el caso de escritores que se apartarían de las propuestas más o menos homogéneas (anotando que la obra de cada autor constituye un sistema ético-estético particular) que construyen el subcampo, y cuyas causas serían motivo de un análisis puntual que evaluara la trayectoria social del escritor (lo que Bourdieu denomina *habitus*), los mecanismos de publicación, difusión y reconocimiento, y las puestas en forma de sus obras (análisis microtextual de su producción literaria), aspectos que determinarían la manera en la que su apuesta estética se distancia del subcampo.

vigencia las apuestas ético-estéticas de los agentes, y de las condiciones sociales (“vida literaria”, dinámicas de mercado o funcionamiento del estamento literario: publicación y difusión) del campo literario en el que los agentes se mueven en un momento determinado, y que posibilitan u obstaculizan la llegada a tales metas.

La “nacionalidad”, el “regionalismo” y la “cronología” sólo tienen sentido si esa “nacionalidad” o “regionalismo” constituyen sistemas particulares, es decir, si se organizan a través de estructuras y reglas determinadas que se diferencian, de alguna manera específica, de otros sistemas; igualmente, la “cronología”, pues ésta resulta del análisis de las transformaciones de dichas estructuras y reglas, de los relevos y pugnas que se dan entre los agentes del campo y subcampo para ocupar una nueva posición. Es claro que Colombia, como otros países latinoamericanos, es un país de regiones, pero su dilucidación como espacio diverso de producción, recepción, difusión y reconocimiento literario no puede reducirse al establecimiento de sus características multiculturales; obviamente, este es un factor importante para comprender las tomas de posición que cada autor configura en su obra, pero el hecho literario resulta de la conjunción de dinámicas diversas, no sólo del origen del autor y de su fecha de publicación.

Analizar cómo las tomas de posición de los autores entran en relación con el espacio cultural en el que se incluye su trayectoria social o literaria –bien sea como elogio o diatriba, como tomas de posición extremas–, cómo cada región tiene unos mecanismos de publicación (casas editoriales), difusión (medios de comunicación, librerías) y reconocimiento (concursos literarios, eventos literarios, academias-instituciones educativas, crítica literaria: revistas universitarias e independientes, programas culturales de televisión y radio), permite entender el subcampo como sistema particular, como una estructura que se diferencia de otra. Los límites de ese subcampo son visibles en tanto se pongan en relación con otros sistemas y se puedan observar sus diferencias. Así mismo, el campo literario nacional sería el resultado de las relaciones-tensiones entre los subcampos, tanto sus mecanismos diferenciadores como sus confluencias y, sobre todo en estas últimas, se vería la literatura nacional como un sistema singular y a la vez múltiple que da respuesta a unas condiciones socioeconómicas particulares, a través de propuestas ético-estéticas determinadas y de la conformación de una “vida literaria” particular, relacionada con la tradición y con su manera de transformarla.

En cuanto al segundo aspecto (las generaciones literarias), Gutiérrez G. afirma: “La fecha de nacimiento de un autor, la figura directiva de la generación, la experiencia común y el aprendizaje semejante, son datos accidentales y en todo caso ajenos a la curva de precios, a la progresión demográfica, a la producción y a todos los demás factores” (1986: 43). La noción de generación literaria reduce las consideraciones sociológicas específicas de cada autor a generalizaciones sobre un grupo abstracto de agentes, a datos sin ninguna relación precisa con la propuesta

estética de cada autor; en este punto, el concepto de *habitus* elaborado por Pierre Bourdieu es de gran ayuda para salir de la realización de los estudios literarios a partir de las generaciones y las biografías. Si bien, la caracterización de una generación literaria puede servir como inicio del estudio de las particularidades de la toma de posición de cada autor, son precisamente las particularidades las que interesan al análisis literario, pues cada obra literaria es única y responde a un sistema simbólico singular elaborado por un agente; por esta razón, es aquí donde se debe centrar el análisis de la literatura.

Dos autores que pertenezcan a la misma generación literaria pueden tener tomas de posición contrapuestas, de acuerdo con sus intereses en el campo literario, pero también con su trayectoria social, su educación, su perfil profesional, los valores que concretan en sus obras y su grado de visibilidad o prestigio en el campo (tipo de público que compra las obras, tipo de crítica que se difunde sobre su obra, premios recibidos). Son estas tomas de posición las que interesan para estudiar la “evolución” del campo literario o su estado en un momento determinado, y es esta “evolución” del campo la que permite reorientar las propuestas historiográficas de la literatura hispanoamericana desde una perspectiva social –sociocrítica–:

La naturaleza dinámica y plurívoca del pensamiento y de la literatura exige que el análisis sociológico o histórico-social de ella tenga en cuenta su constitución anfibia, esto es, su autonomía y su condicionamiento social. Pero es aquí donde se presenta un problema esencial para la historia social de la literatura. Es el problema de la “mediación” entre autonomía y condicionamiento social [...], de la transposición de la base material a los contenidos y formas del pensamiento y de la literatura. [Sin su solución concreta y práctica es] imposible transponer conceptos de la historia social o de la sociología a la literatura, es decir, elaborar un aparato conceptual dinámico y adecuado al objeto (1986: 48).

La sociocrítica y la teoría de los campos de Bourdieu permiten atender a la propuesta de Gutiérrez Girardot de llevar a cabo una historia social de la literatura hispanoamericana y presentar una solución a las problemáticas expuestas: la dialéctica social (autonomía/heteronomía) y la “mediación” entre sociedad y literatura. Conceptos como campo (social, artístico, económico, político), *habitus*, *illusio*,³ posición, toma de posición, puesta en forma y programa estético, propuestos desde la teoría de Bourdieu, así como los conceptos de axiología, forma arquitectónica y forma composicional, elaborados por Bajtín y que dialogan con las propuestas teóricas de Goldmann, Lukács, Zima, Cros, Foucault y Kristeva para analizar el fenómeno

3 Para Bourdieu, “cada campo define y activa una forma específica de interés, una *illusio* específica como reconocimiento tácito del valor de las apuestas propuestas en el juego y como dominio práctico de las reglas que lo rigen” (1995: 80).

literario, permiten encontrar esta “mediación” de la que habla Gutiérrez Girardot y que él mismo luego define en los términos de “Institución literaria” (a la cual antes –en su libro de 1986– se había referido como “vida literaria”): “Productores de literatura, las editoriales y los escritores, los medios de difusión de la literatura, esto es, bibliotecas, librerías, revistas, salones literarios, estudios literarios en colegios y universidades, salas de lectura, y los diversos grupos de lectores, esto es, la llamada recepción de la literatura” (1989: 30).

Por otra parte, la reflexión de Gutiérrez Girardot acerca de la posibilidad de reescribir la historia dialoga con la metodología propuesta por Bourdieu. Dice Gutiérrez Girardot: “No solamente porque, como dijo Pedro Henríquez Ureña, cada generación debe escribir de nuevo la historia de la literatura, sino porque un conocimiento más exacto de nuestras letras, de su valor y de su sentido, clarifica (sic) nuestra sustancia histórica, hace más transparente y segura nuestra conciencia de ella y evita especulaciones negativas y desorientadoras políticamente como la frívola sobre nuestra identidad nacional” (1986: 49); y en su otro texto: “[La tarea específica de la histórica literaria] es, la de hacer consciente a la sociedad de lo que ella es y cómo ha llegado a ser lo que es, y la de señalar, a través de la crítica, metas utópicas, es decir, contribuir a dinamizarla” (1989: 95). La teoría de los campos exige la actualización del estado del campo en un momento dado, y esta actualización siempre debe ponerse en relación con el estado del campo en momentos anteriores; así mismo, el estado del campo literario no es independiente de sus relaciones con los otros campos que configuran la estructura de una sociedad y, en este sentido, ese conocimiento de “nuestras letras” permite entender con más claridad nuestra Historia y las dinámicas a través de las cuales ésta se configura, así como nuestra actuación en la sociedad y las alternativas que tenemos como agentes en ese campo.

De esta manera, se entiende que las reflexiones de Gutiérrez Girardot acerca de la necesidad de construir una historia social de la literatura hispanoamericana constituyen un aporte a la historia de la literatura y a la misma sociocrítica, en tanto el estudio del campo literario contribuiría a desarrollar una historiografía literaria desde una perspectiva sociológica, y más específicamente, sociocrítica, entendida como la “mediación”, como la posibilidad de elaborar un “aparato conceptual dinámico” adecuado a la naturaleza del objeto de estudio: la literatura.

2. Un caso particular: el subcampo antioqueño y los procesos de globalización actuales

Basura (2000) y *Angosta* (2003), de Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958-) son la expresión de una posición radical en el campo literario colombiano frente a las posiciones alternas de otros novelistas colombianos contemporáneos, pertene-

cientes a un subcampo que podríamos denominar –visto como parte del panorama del campo literario colombiano actual– heterónimo (autores como Jorge Franco, Santiago Gamboa y Mario Mendoza), cuya crítica no se presenta en sus obras de manera tan directa y contundente como en Abad Faciolince.

La dos novelas referidas de Abad Faciolince son también, explícitamente, una respuesta a la obra de Gabriel García Márquez; su toma de posición se centrará en su afirmación acerca de que el realismo mágico está agotado, pues ya no puede decirnos nada acerca de nuestra realidad. Este aspecto podemos elucidarlo a partir de la noción de envejecimiento (Bourdieu) respecto a la figura de García Márquez, la cuestión de los “relevo” en el campo literario y la aceptación de la novela como el género literario de más prestigio en la tradición literaria colombiana a partir del reconocimiento de este escritor. Abad Faciolince reconoce la importancia de la obra de García Márquez estableciendo un diálogo con ella en sus dos novelas referidas aquí⁴; esta posición marca una lucha para ocupar una posición dominante en el campo al reconocer la figura de García Márquez y, al mismo tiempo, proponer su respuesta estética: “Ponemos nuestros huevitos, pero desde *Cien años de soledad* y los demás malabarismos impecables del patriarca, ninguno de los huevos nos ha salido de oro” (Abad Faciolince, 2001a).

Su apuesta por el “huevo de oro” es evidente en *Angosta*, en tanto propone un espacio novelesco que se contrapone a Macondo: Colombia no puede seguir recreándose a través de un espacio mítico; su realidad se opone a un realismo mágico que ya no puede aminorar el peso de la situación actual que se vive en el país. Abad Faciolince radicaliza, de esta manera, su desmitificación de la toma de posición del nobel en el campo de la novela colombiana.

Cabe anotar aquí la relación entre Fernando Vallejo y el autor estudiado; ambos con una posición reconocida dentro del campo literario colombiano, en un devenir dominante (por su capital simbólico) y con una toma de posición análoga en cuanto a la crítica social que elaboran en sus novelas: “Este país, en esta época horrible, se merece a un tierno traicionado, a un bueno enfurecido, a un experto en odios que le cante la tabla, que le diga sin rodeos la peor versión de lo que pasa. [...] Como aquí hay cualquier cosa menos una fiesta, tendríamos que hablar de Vallejo como alguien que vino a aguarnos el velorio. [...] Vallejo no nos dice una sola palabra de consuelo” (Abad Faciolince, 2001b); en *Angosta* también está presente esta característica de Vallejo, aunque ampliada al subcampo antioqueño:

4 En *Basura*, este diálogo se ve en la referencia a *Cien años de soledad* (el padre que lleva a su hijo a conocer no el hielo, sino un muerto); en *Angosta*, la referencia a esta misma obra aparece en el hecho de que el personaje Virginia-Candela y su familia provengan de Macondo y que su apellido sea Buendía. Los Buendía llegan al Sektor C (Tierra Caliente, sector donde viven las personas más pobres de la ciudad), desplazados por la violencia que se vive en el país.

Los angosteos, al no sentir su ciudad como un refugio seguro, padecen una especie de desarraigo, o exilio interior, y no han podido asumir con tranquila pasividad y con sereno espíritu imitativo el viejo tópico del elogio a la propia tierra. [...] Quizá por eso sus poetas y pensadores más dignos, al escribir sobre ella, no han optado por el panegírico sino por la diatriba. [...] Sin embargo, esta constante crítica no tiene una raíz autodestructiva, como denuncian algunos políticos. Mientras la realidad siga siendo esa lacra, esta terrible herida histórica, lo constructivo no es inventar una fábula rosa ni hacer un falso encomio del terruño, sino seguir reflejando la herida. ¿Cuál herida? Que Angosta sea, para empezar, una ciudad partida por muros reales y por muros invisibles, y como si esto fuera poco, también la ciudad más violenta del planeta [...]. Y lo más serio: esta carnicería no la comete un enemigo externo [...], sino que es perpetrada por poderes bien identificados nativos de la propia ciudad (308).

Sin embargo, la obra de Abad Faciolince resulta ser una respuesta a la de Fernando Vallejo, a su nihilismo como toma de posición, el cual es predominante en la obra de Vallejo, mientras que en la obra de Abad da paso a una visión esperanzadora: tanto en *Basura* como en *Angosta*, la evaluación que confirma la toma de posición del autor está a cargo de un punto de vista narrativo que rescata al ser humano del vacío axiológico actual.

En este punto encontramos también una relación cercana entre Abad Faciolince y autores contemporáneos como Darío Jaramillo Agudelo, así como con otros escritores antioqueños anteriores (Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba-Jacob, León de Greiff, Fernando González y el grupo de los Nadaístas), quienes en sus obras también enuncian una crítica contundente frente a la realidad, a su situación histórica, y establecen propuestas autónomas en el campo literario colombiano. De esta forma, Abad Faciolince se inscribiría dentro de una tendencia axiológica del subcampo antioqueño que propende por una literatura crítica y constituye un cuestionamiento radical a la falsa Modernidad, pero también a la falsa Postmodernidad—en esta época—. Sin embargo, esta coherencia regional no puede confundirse con un provincialismo literario, pues el mismo Abad afirma al respecto: “Una cultura realmente viva y fructífera rechaza el nacionalismo, el regionalismo, la parroquia [...]. Una cultura encerrada en sí misma lleva a la degeneración [...]. Hay que aprender de lo extraño [...]. Andar perorando por ahí (aunque fuera verdad) que nosotros somos emprendedores, honrados, que tenemos inteligencia y talento, lo que revela es inseguridad, duda de que tal vez no” (Faciolince, 2002: 156). La coherencia regional se entiende en el sentido de una coherencia axiológica que parte de una tendencia conservadora de lo propio (como en el caso de Tomás Carrasquilla) frente a la amenaza de una imposición acrítica de lo extraño, pero siempre en diálogo con lo foráneo, y que lleva, en la actualidad, a una posición de resistencia crítica dentro del campo de la novela colombiana.

Antioquia se ha caracterizado, desde su formación, por ser una región de fuerte impulso progresista, caracterizada por su productividad y sus tempranos y autónomos procesos de modernización, en un principio, impulsados por los numerosos asentamientos coloniales de la región; este imperativo de progreso alude al programa moderno que es vigente, de manera palpable, en la conformación de esta parte del país, así como en la caracterización de su población como configuradora de una axiología crítica, de fuerte oposición frente a un sistema político, económico y social centralizado que obstaculiza la autonomía regional. Estos procesos fueron posibles gracias a que Antioquia no es una región periférica; su cercanía al centro (después de los procesos de Independencia y de la Constitución de 1886, que dio fin a Antioquia como Estado soberano) le permitió tener mayor capacidad de adaptabilidad a la modernización, pues ésta no se dio de manera abrupta, como en las regiones más aisladas, sino que propició “un avance armónico resguardando tradiciones e identidad y adaptándolas a las nuevas circunstancias” (Rama, 1985: 75).

Abad Faciolince pertenece plenamente a esta característica axiológica regional, pues su educación se dio en Medellín durante la mayor parte de su vida y, como afirma Rama: “Quienes abandonan sus regiones en la juventud [Abad Faciolince lo hizo a los veinte años, aproximadamente, cuando viaja a México] y se integran a centros urbanos o capitalinos, no pierden la marca profunda con los que los ha moldeado su cultura regional” (1985: 95). En lo regional se buscan “valores resistentes, capaces de enfrentar los deterioros de la transculturación” (39), es decir, el deterioro de la capacidad de asimilación de los procesos de modernización provenientes del centro hegemónico que provoca la aculturación, esto es, la simple adopción de valores que debilita la cultura propia y cede confortablemente al impacto modernizador foráneo; los valores regionales “resistentes”, entonces, permiten llevar a cabo un proceso de adaptación que fortalece el desarrollo regional, pues se acepta que si bien “la modernidad no es renunciable y negarse a ella es suicida; lo es también renunciar a sí mismo para aceptarla” (71):

La reacción defensiva que se genera en las regiones internas respecto a las capitales o ciudades dinámicas del país, [...] sólo se puede explicar por una agresión a sus valores tradicionales venida de esos centros del país, [y] no hubiera sido posible sin la existencia de un grupo intelectual con estimables niveles de preparación, capaz de recoger el desafío y oponerse a él entablando el debate en un mismo plano (68).

Antioquia ha contado con este grupo de intelectuales en diversas épocas; ellos han establecido su oposición al centro con tomas de posiciones distintas en el campo literario y cultural colombiano. La apuesta de Abad Faciolince en el campo no está interesada en la exaltación de lo regional, sino en su problematización más allá de

este contexto regional⁵. La tendencia conservadora de lo regional se entiende aquí como una forma de resistencia crítica frente a los procesos de globalización en la posmodernidad; Abad Faciolince entiende la importancia del diálogo entre lo propio y lo ajeno como proceso de transculturación necesaria para impedir la decadencia de la región, el encierro en sí misma, pero el hecho de fluctuar entre Medellín, otras ciudades y otros países le permite objetivar el problema más allá de lo regional, elaborarlo a nivel nacional y mundial.

Si la globalización amenaza las culturas periféricas (los países del Tercer Mundo) a través de lo que Rama denomina como procesos de aculturación (adopción confortable de lo ajeno que permite un mayor grado de manipulación por parte de los centros de dominación), entonces, la forma de resistir ante estas dinámicas posmodernas de alienación es a través de una posición que propenda por la conservación de algunos valores tradicionales, ya no exclusivos de la región, sino válidos para un proyecto nacional y universal que aún es válido, en el caso de Abad, propios del programa de la Modernidad –la cual no se ha desarrollado en Colombia como una mentalidad particular secularizada–. La posmodernidad no es vivenciada como dicha, como posibilidad de soltarlo todo, pues la lucidez permite entender la falsedad y despropósito de la situación actual: la globalización es el “eufemismo con el que se han sustituido términos más viejos y gastados, como “imperialismo” o “neocolonialismo”, pero que efectivamente indica formas nuevas de esas antiguas operaciones” (Grüner, 2002: 257).

La modernización fue el proceso de construcción de herramientas producto de la razón aplicada (la técnica), puestas al servicio del progreso de la sociedad; a través de este proceso ingresamos en la modernidad; “modernización con expansión restringida de mercado, democratización para minorías, renovación de las ideas pero con baja eficacia en los procesos sociales. Los desajustes entre modernismo y modernización son útiles a las clases dominantes para preservar su hegemonía, y a veces no tener que preocuparse por justificarla, para ser simplemente clases dominantes” (García Canclini, 1990: 65). La posmodernidad, como última etapa de la Modernidad en la que se pretendía elaborar un cuestionamiento radical a sus principios, a sus proyectos incumplidos y a la generalización de los valores de mercado impulsados por su proyecto económico: el capitalismo, resulta siendo un entorno que reproduce la mentalidad moderna de las clases dominantes; la globalización como puerta de ingreso

5 Hoy esto sería un contrasentido, pues la realidad, para el escritor lúcido, no puede aspirar al encomio; fenómenos como el narcotráfico, el contrabando, la guerrilla y los paramilitares, obligan a dirigir la mirada hacia el realismo crítico –no hacia el costumbrismo tradicional– para evaluar las consecuencias de estos fenómenos sociales como productos de un capitalismo salvaje generalizado.

a la posmodernidad, aparece aquí como una estrategia de dominación por parte de los poderes económicos provenientes de los países desarrollados, pues si por un lado impulsan una economía que borra las fronteras para facilitar la comercialización y, por ende, su entrada sin resistencias a los países que les interesan económica y políticamente, por otro lado, estos mismos países desarrollados defienden sus fronteras, impidiendo al máximo la entrada de extranjeros que atenten contra su ordenamiento y el cuidado de sus beneficios:

Mientras existan las fronteras jurídicas, los pasaportes, los impedimentos para que los obreros turcos trabajen en Berlín, los neofundamentalismos nacionalistas, los ejércitos y fuerzas de represión estatales [...], nada nos convencerá de tomar como evidencia indiscutible la metáfora de la desterritorialización. [...] Pensar las particularidades de nuestra propia inserción diferencial en ese flujo, para evitar la ilusión [...] de la completa homogeneidad del flujo, y poder identificar el carácter desigual [...] por el cual el flujo determina que haya no homogeneidad sino hegemonía, es decir, dominación. (Grüner, 2002: 44-45).

La anterior es, precisamente, la problemática que vamos a encontrar evaluada en la novela *Angosta*. Abad Faciolince nos presenta una ciudad dividida en tres “sektores”: Tierra Fría –Paradiso–, donde habitan los Dones, las élites políticas, económicas y sociales; Tierra Templada, donde habitan los segundones, los menos ricos pero pobres, y Tierra Caliente –El Infierno–, donde la degradación social es total; el autor nos pone, didácticamente, frente a una “radiografía social” de nuestra realidad. Cualquier ciudad del mundo actual, organizada sobre la base de la “estructura de cambio”, genera progreso, pero también sus cordones de miseria; para no juntarse los unos con los otros se construyen muros –como el de Israel, o el de EE.UU en la frontera con México–. *Angosta* tiene su propio muro que separa a Paradiso de los dos otros “sektores”; es un muro simbólico –aunque también real, según aparece en la novela– que de fondo revela los muros invisibles y axiológicos que separan a los grupos sociales actuales, muros de clase centrados en el capital económico, simbólico y el individualismo a ultranza, los cuales producen efectos como la prohibición de la libre circulación por la ciudad contrastada con la libertad para transitar por los tres sectores por parte de los “dones” de Paradiso, los narcotraficantes que tratan a las personas como sus posesiones y quienes pueden disponer de sus vidas; el grupo de los Siete Sabios conformado por representantes de los distintos poderes (la religión, la milicia, la política, la magistratura, la industria, el sector agropecuario y el comercio), quienes se reúnen para decidir la muerte de personas que resultan incómodas para el mantenimiento del orden, de las jerarquías, de la ciudad clasificada.

El análisis de las prácticas sociales y económicas en la posmodernidad, nos lleva a ser críticos frente a las tan mencionadas ventajas de la posmodernidad: la “caída

de los grandes relatos”, la idea de “aldea global” y la negación de la razón ilustrada. En *Angosta* es tangible esa posmodernidad en la que “la defensa del espacio social se reduce a la lucha por el derecho a movilizarnos y por restringírsele a otros” (Bauman, 2004: 180), y que no ha abortado los principios modernos porque ve en ellos la posibilidad de mantener el poder. La desterritorialización posmoderna resulta aquí falsa: “Se dice que el mundo se ha convertido en una aldea global. Entonces, ¿qué podemos decir de una aldea que no deja libertad de movimiento a sus habitantes? Simple: que practica una política de apartamiento, es decir, de Apartheid, para ser más claros, así éste no sea racial sino estrictamente económico” (Faciolince, 2003: 240).

3. Conclusión

Lo anterior lleva a la reflexión sobre la pertinencia de construir unas literaturas regionales como posibilidad de transculturación, como salida de la aculturación y la desterritorialización abúlica, pero también como camino para salir de los regionalismos folcloristas y miopes que no dilucidan la importancia de encontrar la singularidad en relación con el otro. Desde Gutiérrez Girardot, Bourdieu y Rama se propone la construcción de historias literarias regionales y nacionales no de manera parroquial, sino desde la figura del traductor propuesta por Kristeva: desde la curiosidad, el interés de acercarse al otro para ampliar y para complejizar el conocimiento de su espacio, para reconocerlo como propio y extraño, como acogedor y excluyente, como depositario de lógicas propias que permiten reconocer su funcionamiento –recordemos la “comunicación extranacional” y agregamos, extraregional, propuesta por Gutiérrez Girardot–.

Entre el conformismo nacionalista y los nihilismos globalizantes aparece “una nueva positividad”, la figura del traductor: el antioqueño que se interesa por la literatura producida desde el Caribe, el bogotano que se interesa por descubrir las obras de los escritores que producen desde la región amazónica, los costeños que se apasionan por la literatura gestada desde Nariño, Cauca o el Valle del Cauca. El traductor es un espíritu desdoblado que “solo puede vivir agudizando su espíritu crítico. A partir de esta brecha, lo antiguo como lo nuevo, la familia originaria como la nueva comunidad le parecen tan cautivantes como problemáticas, deviene un cuestionamiento sin consuelo, una preocupación constante. ¿Hay mejor elección que la lucidez insomne del traductor?” (Kristeva, 1999: 56). Vislumbramos unas historias literarias regionales que no se encierran en sí mismas, que se abren a la experiencia de la traducción, del cuestionamiento del otro, de la crítica de sí mismo; unas literaturas regionales dispuestas a construir nación como un reconocimiento de la diversidad, pero también de lo convergente, de los circuitos que se gestan entre nosotros, entre nuestras prácticas sociales y literarias.

Bibliografía

- Abad Faciolince, Héctor, 2003, *Angosta*, Bogotá: Seix Barral.
- _____, 2000, *Basura*, Madrid: Lengua de Trapo.
- _____, 2001a, “Un huevo de oro”, *El Malpensante*, 31, disponible en: <http://www.elmalpensante.com/> Consultada en febrero de 2007.
- _____, 2001b, “El odiador amable”, *El Malpensante*, 30, disponible en: <http://www.elmalpensante.com/> Consultada en febrero de 2007.
- _____, 2002, *Palabras sueltas*, Bogotá: Seix Barral.
- Bauman, Zygmunt, 2001, *La postmodernidad y sus descontentos*, Madrid: Akal.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc J.D., 1995, *Respuestas: por una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.
- _____, 1997, *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama.
- García Canclini, Néstor, 1990, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, 1986, *Aproximaciones*, Bogotá: Procultura.
- _____, 1989, *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*, Bogotá: Ediciones Cave Canem.
- Grüner, Eduardo, 2002, *El fin de las pequeñas historias: de los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires: Paidós.
- Jauss, Hans Robert, 1970, “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”, en: *La literatura como provocación*, Barcelona: Península.
- Kristeva, Julia, 1999, *El porvenir de la revuelta*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Ángel, 1984, *La ciudad letrada*, Hanover: Ediciones del Norte.
- _____, 1985, *Transculturación narrativa en América Latina*, México: Siglo Veintiuno.

